



ERIC HOBSBAWM

LOS ECOS  
DE LA  
MARSELLA



LIBROS *de* HISTORIA

E. J. HOBSBAWM

LOS ECOS  
DE LA MARSELLA

Traducción castellana  
de Borja Folch



CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 1992

Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2018

*Los ecos de la Marsellesa*

E. J. Hobsbawm

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: ECHOES OF THE MARSEILLAISE  
Two Centuries Look Back on the French Revolution  
Verso, Londres y Nueva York

© E. J. Hobsbawm, 1990

© de la traducción, Borja Folch González

© Editorial Planeta S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-17067-69-4  
Depósito legal: B. 674 - 2018  
2018. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## ÍNDICE

Agradecimientos . . . . .	7
Prefacio . . . . .	9
1. <i>Una revolución de la clase media.</i> . . . . .	17
2. <i>Más allá de la burguesía.</i> . . . . .	57
3. <i>De un centenario a otro</i> . . . . .	101
4. <i>Sobrevivir al revisionismo</i> . . . . .	131
Apéndice . . . . .	161
Índice alfabético . . . . .	168

## 1. UNA REVOLUCIÓN DE LA CLASE MEDIA

El subtítulo de este libro es «Dos siglos recuerdan la Revolución francesa». Mirar hacia atrás, hacia adelante o en cualquier otra dirección siempre implica un punto de vista\* (en el tiempo, el espacio, la actitud mental u otras percepciones subjetivas). Lo que veo desde la ventana que se abre sobre Santa Mónica mientras escribo esto es hartamente real. No me estoy inventando los edificios, las palmeras, el aparcamiento que hay seis pisos más abajo, ni las colinas de la lejanía, apenas visibles a través del *smog*. Hasta este punto los teóricos que ven toda la realidad puramente como una construcción mental en la que el análisis no puede penetrar están equivocados, y al decir esto al principio, estoy colgando mis colores conceptuales en una especie de mástil. Si la historia sobre la que escribimos no fuera discernible de la ficción, ya no habría lugar para la profesión de historiador, y la gente como yo habría desperdiciado su vida. No obstante, es innegable que lo que veo desde mi ventana, o al volver la vista hacia el pasado, no es sólo la realidad que existe ahí fuera o allá atrás, sino una selección muy específica. Es a la vez lo que *puedo* ver físicamente des-

\* Se refiere al subtítulo de la edición original: *Two Centuries Look Back on French Revolution*. El autor hace un juego de palabras con *to look back on*, recordar o rememorar, y *to look back*, mirar hacia atrás. (N. del t.)

de el punto en que me encuentro y bajo determinadas circunstancias (por ejemplo, si no voy al otro lado del edificio no puedo mirar en dirección a Los Ángeles, así como no podré ver gran cosa de las colinas hasta que mejore el tiempo) y lo que me *interesa* ver. De la infinidad de cosas que son objetivamente observables ahí fuera, de hecho sólo estoy observando una selección muy limitada. Y por supuesto, si volviera a observar exactamente el mismo panorama desde la misma ventana en otro momento, podría centrar mi atención en otros aspectos de él; o lo que es lo mismo, podría hacer una selección diferente. Sin embargo, es casi inconcebible que yo, o cualquier otro que estuviera mirando por esta ventana en *cualquier* momento mientras el paisaje permanezca como es ahora, no viera, o para ser más precisos no advirtiera, algunos elementos ineludibles del mismo: por ejemplo, el esbelto chapitel de una iglesia que está justo al lado de la mole insulsa de un edificio de dieciocho plantas, y la torre cúbica que hay en el terrado del mismo.

No quiero insistir en esta analogía entre mirar un paisaje y mirar hacia una parte del pasado. En cualquier caso, vamos a regresar a la cuestión que he intentado abordar a lo largo de estas páginas. Como veremos, lo que la gente ha leído sobre la Revolución francesa durante los doscientos años transcurridos desde 1789 ha variado enormemente, sobre todo por razones políticas e ideológicas. Pero ha habido dos cosas que han suscitado la aceptación general. La primera es el aspecto general del paisaje que se observa. Prescindiendo de las distintas teorías sobre el origen de la Revolución, todo el mundo está de acuerdo en que se produjo una crisis en el seno de la antigua monarquía que en 1788 condujo a la convocatoria de los Estados Generales (la asamblea que representaba a los tres estados del reino, el clero, la nobleza y el resto, el «Tercer Estado») por primera vez desde 1614. Desde que se establecieron, los principales acontecimientos políticos permanecen inalte-

rados: la transformación de los Estados Generales, o más bien del Tercer Estado, en Asamblea Nacional y las acciones que terminaron visiblemente con el Antiguo Régimen: la toma de la Bastilla, la prisión real, el 14 de Julio; la renuncia de la nobleza a sus derechos feudales el 4 de agosto de 1789; la Declaración de Derechos; la transformación de la Asamblea Nacional en la Asamblea Constituyente que entre 1789 y 1791 revolucionó la estructura administrativa y la organización del país, introduciendo de paso el sistema métrico en el mundo, y que redactó la primera de las casi veinte constituciones de la Francia moderna, una monarquía constitucional liberal. Asimismo tampoco existe desacuerdo alguno sobre los hechos de la doble radicalización de la Revolución que tuvieron lugar después de 1791 y que condujeron, en 1792, al estallido de la guerra entre la Francia revolucionaria y una coalición variable de potencias extranjeras contrarrevolucionarias, y a insurrecciones contrarrevolucionarias interiores. Este estado de cosas se mantuvo casi sin interrupción hasta 1815. Asimismo llevó a la segunda revolución de agosto de 1792, la cual abolió la monarquía e instituyó la República (una era nueva y totalmente revolucionaria en la historia de la humanidad) simbolizada, con un pequeño retraso, por un nuevo calendario. Empezando en el año I, el calendario abolió la antigua división en semanas y dio nuevos nombres a los meses para ocasionar dolores de cabeza a los estudiantes de historia a pesar de ser también útiles mnemotecnias. (La nueva era y su calendario duraron sólo doce años.)

El período de la revolución radical de 1792 a 1794, y especialmente el período de la República jacobina, también conocida como el «Terror» de 1793-1794, constituyen un hito reconocido universalmente. Como también lo es el final del Terror, el famoso Nueve de Termidor, fecha del arresto y ejecución de su líder Robespierre (aunque ningún otro período de la Revolución ha suscitado opiniones más encontradas que este).

El régimen de liberalismo moderado y corrupción que asumió el poder durante los cinco años siguientes carecía de una base de apoyo político adecuada, así como de la capacidad para restituir las condiciones necesarias para la estabilidad y, una vez más todo el mundo está de acuerdo, fue sustituido el famoso Dieciocho de Brumario de 1799 por una dictadura militar apenas disimulada, la primera de muchas en la historia moderna, como resultado del golpe de Estado de un joven general ex radical de éxito, Napoleón Bonaparte. La mayoría de historiadores modernos dan por terminada la Revolución francesa en este punto. Aunque, tal como veremos, durante la primera mitad del siglo XIX, el régimen de Napoleón, en todo caso hasta que en 1804 se proclamó a sí mismo emperador, generalmente fue considerado como la institucionalización de la nueva sociedad revolucionaria. El lector tal vez recuerde que Beethoven no retiró la dedicatoria a Napoleón de la 3.<sup>a</sup> sinfonía, la *Heroica*, hasta que éste hubo dejado de ser el jefe de la República. La sucesión de los acontecimientos básicos, así como la naturaleza y los períodos establecidos de la Revolución, no se discuten. Cualesquiera que sean nuestros desacuerdos sobre la Revolución y sobre sus hitos, en la medida en que vemos los mismos hitos en su paisaje histórico, estamos hablando de lo mismo. (Lo cual no siempre sucede en historia.) Si mencionamos el Nueve de Termidor, todos aquellos que tengan un mínimo interés en la Revolución francesa sabrán lo que significa: la caída y ejecución de Robespierre, el final de la fase más radical de la Revolución.

La segunda noción sobre la Revolución universalmente aceptada, al menos hasta hace muy poco, es en cierto modo más importante: la Revolución fue un episodio de una profunda importancia sin precedentes en la historia de todo el mundo moderno, prescindiendo de qué es exactamente lo que consideramos importante. Fue, retomando la cita de Holland Rose, «la más terrible y trascendental serie de acontecimientos de



toda la historia ... el verdadero punto de partida de la historia del siglo XIX; pues este gran trastorno ha afectado profundamente la vida política y más aún la vida social del continente europeo». <sup>1</sup> Para Karl von Rotteck, historiador liberal alemán, en 1848 no había «un acontecimiento histórico de mayor relevancia que la Revolución francesa en toda la historia del mundo; de hecho, casi ningún acontecimiento de una grandeza semejante». <sup>2</sup> Otros historiadores eran menos extremistas, limitándose a pensar que era el acontecimiento histórico más importante desde la caída del Imperio Romano en el siglo V d. C. Algunos de los más cristianos o, entre los alemanes, los más patrióticos, estaban dispuestos a compararla con las Cruzadas y la Reforma (alemana), pero Rotteck, que tuvo en consideración otros candidatos como la fundación del Islam, las reformas del papado medieval y las Cruzadas, los desdeñó. Para él, los únicos acontecimientos que habían cambiando el mundo en la misma medida eran el cristianismo y la invención de la escritura y de la imprenta, y éstos habían cambiado el mundo *gradualmente*. Pero la Revolución francesa «convulsiónó abruptamente y con una fuerza irresistible el continente que la vio nacer. También se extendió hacia otros continentes. Desde que se produjo, ha sido virtualmente el único asunto digno de consideración en la escena de la historia del mundo». <sup>3</sup>

Por consiguiente, podemos dar por sentado que la gente del siglo XIX, o al menos la sección culta de la misma, consideraba que la Revolución francesa era extremadamente importante; como un acontecimiento o una serie de acontecimientos de un tamaño, escala e impacto sin precedentes. Esto no se debió sólo a las enormes consecuencias históricas que resulta-

1. J. Holland Rose, *A Century of Continental History. 1780-1880*, Londres, 1895, p. 1.

2. *Allgemeine Geschichte vom Anfang der historischen Kenntniz bis auf unsere Zeiten*, vol. 9, Brunswick, 1848, pp. 1-2.

3. *Ibidem*.

ban obvias para los observadores, sino también a la espectacular y peculiarmente drástica naturaleza de lo que tuvo lugar en Francia, y a través de Francia en Europa e incluso más allá, en los años que siguieron a 1789. Thomas Carlyle, autor de una temprana, apasionada y colorista historia de la Revolución escrita en los años treinta del siglo pasado, pensaba que la Revolución francesa en cierto modo no era sólo una revolución europea (la veía como predecesora del *cartismo*) sino el gran *poema* del siglo XIX; un equivalente real de los mitos épicos de la antigua Grecia, sólo que en lugar de escribirlo un Sófocles o un Homero, lo había escrito la vida misma.<sup>4</sup> Era una historia de terror, y de hecho el período de la República jacobina de 1793-1794 todavía se conoce como el Terror, a pesar de que, dados los estándares actuales de las matanzas, sólo mató a una cantidad de gente relativamente modesta: tal vez unas cuantas decenas de miles. En Gran Bretaña, por ejemplo, esta fue la imagen de la Revolución que estuvo más cerca de apoderarse de la conciencia pública, gracias a Carlyle y a la obra de Dickens (basada en una idea del primero) *Historia de dos ciudades*, seguida de los epígonos de la literatura popular como *La Pimpinela escarlata* de la baronesa d'Orczy: el golpe de la cuchilla de la guillotina, las mujeres *sans-culottes* tejiendo impasibles mientras veían caer las cabezas de los contrarrevolucionarios. *Citizens*, de Simon Schama, *best-seller* de 1989 escrito para el mercado anglófono por un historiador británico expatriado, sugiere que esta imagen popular sigue estando viva. Era una historia de heroísmo y de grandes hazañas, de soldados harapientos liderados por generales veinteañeros que conquistaban toda Europa y que precipitaban a todo el continente y a los mares a casi un cuarto de siglo de guerra prácticamente ininterrumpida. Produjo héroes y

4. Véase Barton R. Friedman, *Fabricating History: English Writers on the French Revolution*, Princeton, 1988, p. 117.

villanos que fueron leyendas vivas: Robespierre, Saint-Just, Danton, Napoleón. Para los intelectuales produjo una prosa de una fuerza y una lucidez maravillosamente lacónica. En resumen, fuera lo que fuere la Revolución, era un gran espectáculo.

Pero el principal impacto de la Revolución sobre quienes la rememoraban en el siglo XIX, así como en el XX, no fue literario sino político, o más en general, ideológico. En este libro examinaré tres aspectos de este análisis retrospectivo. Primero, enfocaré la Revolución francesa como una revolución burguesa; de hecho, en cierto sentido, como el prototipo de las revoluciones burguesas. A continuación, la analizaré como modelo para las revoluciones posteriores, especialmente para las revoluciones sociales o para quienes quisieron llevarlas a cabo. Y por último, examinaré las cambiantes actitudes políticas que han quedado reflejadas en las conmemoraciones de la Revolución francesa celebradas entre su primer y su segundo centenario, así como su impacto sobre quienes escribieron y escriben su historia.

Actualmente, no sólo está pasado de moda ver la Revolución francesa como una «revolución burguesa», sino que muchos historiadores excelentes considerarían que esa interpretación de la Revolución es refutable e insostenible. De modo que, aunque no tendría ninguna dificultad en mostrar que los primeros estudiosos serios de la historia de la Revolución, que dicho sea de paso vivieron durante el período que va de 1789 a 1815, la vieron precisamente como tal, tendré que decir una palabras preliminares sobre la fase actual del revisionismo histórico que tiene por objeto a la Revolución, y que fue iniciado por el difunto Alfred Cobban de la Universidad de Londres a mediados de los años cincuenta. El revisionismo llegó a ser un movimiento importante en 1970, cuando François Furet y Denis Richet criticaron las ideas establecidas sobre la historia revolucionaria, tal como

se enseñaban desde la cátedra de la Sorbona (establecida con este propósito casi un siglo antes).<sup>5</sup> En el último capítulo, volveré sobre la sucesión canónica de profesores que defendieron la Revolución y la República. Ahora lo importante es observar que el ataque revisionista se dirigió principalmente contra lo que se consideraba como una (o mejor como *la*) interpretación marxista de la Revolución tal como se formuló en los veinte años anteriores y los veinte posteriores a la segunda guerra mundial. Que se tratara o no de la propia interpretación de Marx es una cuestión relativamente trivial, especialmente porque los exámenes eruditos más completos sobre los puntos de vista de Marx y Engels al respecto muestran que sus opiniones, que nunca fueron expuestas sistemáticamente, a veces eran incoherentes y contradictorias. Sin embargo, merece la pena mencionar de paso que, según los mismos eruditos, el concepto de revolución burguesa (revolución *bürgerliche*) no aparece más de una docena de veces en los treinta y ocho enormes volúmenes que recogen las *Werke*<sup>6</sup> de ambos autores.

La idea que ha suscitado controversia es la que ve el siglo XVIII francés como una lucha de clases entre la burguesía capitalista naciente y la clase dirigente establecida de aristócratas feudales, que la nueva burguesía, consciente de su condición de clase, aprovechó para reemplazar la fuerza dominante de la sociedad. Este parecer veía la Revolución como el triunfo de esta clase, y, en consecuencia, como el mecanismo histórico que terminó con la sociedad aristocrática feudal y que inauguró la sociedad burguesa capitalista del siglo XIX, la cual, estaba

5. François Furet y Denis Richet, *La Révolution Française*, París, 1970 (hay trad. cast.: *La Revolución francesa*, Rialp, Madrid, 1988).

6. Eberhard Schmitt y Matthias Meyn, «Ursprung und Charakter der Französischen Revolution bei Marx und Engels», en Ernst Hinrichs, Eberhard Schmitt y Rudolf Vierhaus, eds., *Vom Ancien Regime zur Französischen Revolution*, Vandenhoeck y Rupprecht, Gotinga, 1978, pp. 588-649.

implícito, no podría haberse abierto paso de otra manera a través de lo que Marx, al hablar de la revolución proletaria que veía destinada a derribar el capitalismo, llamó «el tegumento de la vieja sociedad». En resumen, el revisionismo criticaba (y critica) la interpretación que considera que la Revolución francesa fue esencialmente una revolución social necesaria, un paso esencial e inevitable para el desarrollo histórico de la sociedad moderna, y, por supuesto, como la transferencia del poder de una clase a otra.

No cabe duda de que opiniones de este tipo han sido ampliamente defendidas, y no sólo entre los marxistas. Sin embargo, también hay que decir que los grandes especialistas en historia que defendían esta tradición están lejos de ser reducibles a un modelo tan simple. Por otra parte, este modelo no era específicamente marxista, aunque (por razones que discutiré en el último capítulo) entre 1900 y la segunda guerra mundial, la tradición ortodoxa de la historiografía revolucionaria se encontró a sí misma convergiendo con la tradición marxista. También está claro por qué un modelo como este podía resultar adecuado para los marxistas. Proporcionaba un precedente burgués del futuro triunfo del proletariado. Los obreros eran una nueva clase que había nacido y crecido con una fuerza imparable en el seno de una vieja sociedad, y su destino era hacerse con el poder. Su triunfo también se alcanzaría *inevitablemente* mediante una revolución; y tal como la sociedad burguesa había derrocado al feudalismo que la precedió para tomar el poder, la nueva sociedad socialista sería la siguiente y más alta fase del desarrollo de la sociedad humana. La era comunista aún se adaptaba más a la ideología marxista, dado que sugería que ningún otro mecanismo podía transformar la sociedad tan de prisa y con tanta trascendencia como la revolución.

No es preciso que resuma las razones que han hecho insostenible esta opinión para describir lo que sucedió en la

Francia de finales del siglo XVIII. Limitémonos a aceptar que en 1789 no había una burguesía con conciencia de clase que representara la nueva realidad del poder económico y que estuviera preparada para tomar las riendas del Estado y de la sociedad; en la medida en que una clase como esta puede discernirse a partir de la década de 1780, su objetivo no era llevar a cabo una revolución social sino reformar las instituciones del reino; y en todo caso, no concebía la construcción sistemática de una economía capitalista industrial. Pero aun así, el problema de la revolución burguesa no desaparece, a pesar de haberse demostrado que en 1789 la burguesía y la nobleza no eran dos clases antagónicas bien definidas que lucharan por la supremacía. Citando a Colin Lucas, cuyo trabajo «Nobles, Bourgeois and the Origins of French Revolution» han utilizado con frecuencia los revisionistas franceses, si en 1789 no había dos clases antagónicas bien diferenciadas,

tenemos que decidir por qué, en 1788-1789, grupos que pueden ser identificados como no nobles combatían con grupos que podemos identificar como nobles, estableciendo con ello los fundamentos del sistema político de la burguesía del siglo XIX; asimismo debemos aclarar por qué atacaron y destruyeron los privilegios en 1789, acabando así con la organización formal de la sociedad francesa del siglo XVIII y preparando de este modo una estructura en cuyo seno podría florecer el desarrollo socioeconómico del siglo XIX.<sup>7</sup>

En otras palabras, tenemos que descubrir por qué la Revolución francesa fue una revolución burguesa aunque nadie pretendiera que lo fuese.

Este problema nunca preocupó a los primeros hombres que vieron la Revolución francesa como una revolución so-

7. *Past & Present*, 60 (1973), pp. 469-496; y en Douglas Johnson, ed., *French Society and the Revolution*, Cambridge, 1976, p. 90.

cial, una lucha de clases y una victoria burguesa sobre el feudalismo en los años inmediatamente posteriores a la caída de Napoleón. Ellos mismos eran liberales moderados, y, como tales, *bourgeois* sin conciencia de clase; tómese como ejemplo al curioso liberal moderado Tocqueville, que pertenecía a la antigua aristocracia. De hecho, tal como el propio Marx admitió abiertamente, de estos hombres fue de donde sacó la idea de la lucha de clases en la historia.<sup>8</sup> Se trataba esencialmente de historiadores de su propio tiempo. François Guizot tenía veintinueve años cuando Napoleón fue deportado a Santa Helena, Augustin Thierry tenía veinte, Adolphe Thiers y F. A. Mignet diecinueve y Victor Cousin veintitrés. P. L. Roederer —que vio la Revolución como algo que *ya* se había producido «dans les moeurs de la classe moyenne» («en las costumbres de la clase media»)–, y que escribió sobre la predestinada ascensión secular de las clases medias y la sustitución de la tierra por el capital en 1815) nació en 1754 y tomó parte activa en la propia Revolución.<sup>9</sup> Era un poco mayor que Antoine Barnave, un moderado que fue guillotinado pero cuya «Introducción a la Revolución francesa», escrita mientras esperaba su ejecución, siguió una línea similar. Jean Jaurès utilizó este texto en su *Historia de la Revolución francesa* como fundamento de la interpretación socialista de las clases. Al escribir sobre la Revolución francesa estos hombres estaban formando un juicio sobre lo que ellos habían vivido, y sin duda sobre lo que sus padres, maestros y amigos habían experimentado de primera mano. Y lo que estaban haciendo cuando empezaron a escribir historia a partir de la déca-

8. De Marx a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852, de Marx a Engels, 27 de julio de 1854, de Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 39, Londres, 1983, pp. 62-63, 473-476.

9. Para su (póstumo) «L'Esprit de la Révolution», véase *Oeuvres du comte P. L. Roederer publiées par son fils A.M. Roederer*, París, 1854, vol. 3, pp. 7, 10-11.

da de 1820 era, para citar un texto francés reciente, «celebrar la epopeya de las clases medias francesas».<sup>10</sup>

Esta epopeya, para Guizot y Thierry, así como para Marx, empezó mucho antes de la Revolución. De hecho, cuando los burgueses medievales lograron cierta autonomía respecto de los señores feudales, se constituyeron en el núcleo de lo que llegarían a ser las clases medias modernas.

La burguesía, una nueva nación, cuyos principios y moral los constituyen la igualdad civil y el trabajo independiente, apareció entre la nobleza y los siervos, destruyendo así para siempre la dualidad social original del antiguo feudalismo. Su instinto para la innovación, su actividad, *el capital que acumuló* [la cursiva es mía], formaron una fuerza que reaccionó de mil modos distintos contra el poder de aquellos que poseían la tierra.<sup>11</sup>

«La continua ascensión del *tiers état* es el hecho predominante y la ley de nuestra historia», pensaba Thierry. La aparición histórica de esta clase, y su ascenso al poder, fue demostrado y ratificado por la Revolución, y aún más por la Revolución de 1830, que Thierry vio como «la providencial culminación de todos los siglos desde el XII».<sup>12</sup>

François Guizot, un historiador sorprendentemente interesante que llegó a ser primer ministro de Francia durante el régimen con conciencia burguesa de 1830-1848, fue incluso más claro. La suma de las emancipaciones locales de burgueses durante la Edad Media «creó una clase nueva y general».

10. Marcel Gauchet, «Les Lettres sur l'histoire de France de Augustin Thierry», en Pierre Nora, ed., *Les Lieux de mémoire*, vol. 2 de *La Nation*, París, 1986, p. 271.

11. Augustin Thierry, *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers Etat*, París, 1853, p. 21.

12. Lionel Gossman, *Augustin Thierry and Liberal Historiography History and Theory*, Beiheft 15, Middletown, 1976, pp. 37-39, para referencias.



Por eso, aunque no había ninguna conexión entre estos burgueses que no compartían una actividad pública común como clase, «los hombres que se hallaban en la misma situación en distintas partes del país, que compartían los mismos intereses y el mismo estilo de vida [*moeurs*], no podían dejar de engendrar vínculos mutuos, una cierta unidad, de donde iba a nacer la burguesía. La formación de una gran clase social, la burguesía, fue la consecuencia necesaria de la emancipación de los burgueses». <sup>13</sup> Y no sólo esto. La emancipación de los municipios medievales produjo la lucha de clases, «esa lucha que llena las páginas de la historia moderna: la Europa Moderna nació de la lucha entre las distintas clases de la sociedad». <sup>14</sup> Sin embargo, la nueva burguesía que se desarrollaba gradualmente se limitaba a lo que Gramsci llamaría su *subalternidad* y que Guizot denominó «la prodigiosa timidez de espíritu de los burgueses, la facilidad con la que se les podía satisfacer». <sup>15</sup> En resumen, la burguesía fue lenta al hacer valer sus derechos como clase dirigente, tardó en demostrar lo que Guizot llamó «ese auténtico espíritu político que aspira a influir, a reformar, a gobernar». <sup>16</sup> En 1829, bajo el gobierno reaccionario de Carlos X, que pronto sería barrido por una auténtica revolución burguesa, era imposible hablar más claramente desde una tarima universitaria.

¿Pero cuál sería el carácter exacto de la sociedad dirigida por la burguesía una vez ésta se decidiera finalmente «a influir, a reformar, a gobernar»? ¿Acaso fue, tal como sigue manteniendo la visión convencional de la Revolución y a pesar del rechazo de los «revisionistas», «la era del capitalismo

13. François Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe*, ed. Pierre Rosanvallon, Plueriel, París, 1985, p. 181 (hay trad. cast.: *Historia de la civilización en Europa*, Alianza, Madrid, 1968).

14. *Ibid.*, p. 182.

15. *Ibid.*, pp. 181-184.

16. *Ibid.*, p. 183.

liberal basado en la propiedad privada, la igualdad ante la ley y *les carrières ouvertes* (al menos teóricamente) *aux talents*»?<sup>17</sup> No cabe ninguna duda sobre la intención de los portavoces del *tiers état*, por no hablar de los liberales de la Restauración, de instaurar los tres últimos principios. La *Declaración de los Derechos del Hombre* dice otro tanto. Tampoco puede dudarse de lo primero, a pesar de que en 1789 los términos *liberal* y *capitalismo* no existían, o no tenían sus connotaciones modernas, puesto que el término capitalismo no aparece en la lengua francesa hasta después de 1840, en la década en que la recién acuñada expresión *laissez-faire* también pasa a formar parte del vocabulario francés.<sup>18</sup> (No obstante *capitalista*, en el sentido de persona que vive del rédito de una inversión, aparece documentado en 1798.)

Estos hombres estaban a favor de la libertad de empresa, de la no interferencia del gobierno en los asuntos de la economía. El propio hecho de que el eslogan internacional de semejante política («laissez-faire, laissez-passar») sea de origen francés y ya tuviera una antigüedad de varias décadas en 1789 lo sugiere claramente.<sup>19</sup> Como lo hace la popularidad e influencia de Adam Smith cuya *Riqueza de las naciones*, tal como admitirían los propios franceses muy a su pesar, «desacreditó a los economistas franceses que eran la vanguardia mundial ... reinando sin competencia durante la mayor parte del siglo».<sup>20</sup> Hubo al menos tres ediciones en francés de su trabajo antes de la Revolución y otras cuatro se publicaron durante el período revolucionario (1790-1791, 1795, 1800-

17. W. G. Runciman, «Unnecessary Revolution: The Case of France», *Archives européennes de sociologie*, 24 (1983), p. 298.

18. Paul Imbs, ed., *Trésor de la langue française, Dictionnaire de la langue du XIX<sup>e</sup> et du XX<sup>e</sup> siècles*, París, 1971, vol. 5 (1977), pp. 143, 144; vol. 10 (1983), p. 927.

19. Se atribuye con más frecuencia a J. C. M. Vincent de Gournay (1712-1759).

20. «Smith, Adam» en *La Grande Encyclopédie*, París, s.d., 30.

1801, 1802, sin contar la primera edición de la obra de su discípulo J.-B. Say *Tratado de economía política* (1803) ya que el autor sólo hizo valer sus méritos con la Restauración) y sólo hubo otras cinco ediciones francesas de *La riqueza de las naciones* desde la caída de Napoleón hasta el final del siglo XIX.<sup>21</sup> Apenas puede negarse que esto demuestra que durante el período revolucionario había un considerable interés por el profeta de lo que hoy sin duda llamaríamos la economía del capitalismo liberal.

Uno no puede siquiera negar que los liberales burgueses de la Restauración apuntaban hacia un capitalismo *industrial* aunque los teóricos de 1789 no pudieran formularlo así. (Pero entonces no busquemos en la gran obra de Adam Smith ninguna anticipación seria de la Revolución industrial, la cual estaba a punto de producirse en su propio país.) Hacia el final del período napoleónico, la conexión entre desarrollo económico e industrialización ya era evidente. El economista J.-B. Say, antiguo girondino, probó suerte con los hilados de algodón y pudo confirmar sus convicciones sobre el mercado libre al enfrentarse a los obstáculos de la política de intervencionismo estatal de Napoleón. Hacia 1814, Saint-Simon ya vio la industria (en el sentido moderno de la palabra) y los industriales (término que acuñó él mismo) como la base del futuro, y el término *Revolución industrial* estaba abriéndose camino en los vocabularios francés y alemán por analogía con la Revolución francesa.<sup>22</sup> Además, el vínculo entre el progreso, la políti-

21. *Catalogue général des livres imprimés de la Bibliothèque Nationale*, París, 1948. Cabe añadir que en ese período se adquirieron también dos ediciones inglesas (1799, 1814), que se sumaron a las tres primeras ediciones que ya estaban allí antes de 1789, así como el compendio (inglés) de la obra (1804). También se publicó una traducción francesa de los *Philosophical Essays* de Smith en 1797.

22. La primera discusión en A. Bezanson, «The Early Use of the Term Industrial Revolution», *Quarterly Journal of Economics*, 36 (1922), pp. 343-349; también Ernst Nolte, *Marxismus und Industrielle Revolution*, Stuttgart, 1983, pp. 23-25.

ca económica y la industria ya estaba claro en las mentes de los jóvenes filósofos liberales. Victor Cousin declaró en 1828: «Las ciencias matemáticas y físicas son una conquista de la inteligencia humana sobre los secretos de la naturaleza; la industria es una conquista de la libertad de volición sobre las fuerzas de esta misma naturaleza ... El mundo tal como las ciencias matemáticas y físicas y, siguiéndolas, la industria, lo han hecho, es un mundo a la medida del hombre, reconstruido por éste a su imagen y semejanza».<sup>23</sup> «La economía política –anunciaba Cousin (es decir, Adam Smith)– explica el secreto, o mejor el detalle, de todo esto; es consecuencia de los logros de la industria, que a su vez están estrechamente relacionados con los de las ciencias matemáticas y físicas.»<sup>24</sup> Y es más,

la industria no será estática e inmóvil sino progresiva. No se contentará con recibir de la naturaleza lo que la naturaleza esté dispuesta a concederle ... Ejercerá fuerza en la tierra con el objetivo de arrancarle el máximo número de productos y a su vez actuará sobre estos productos para darles la forma que se adapte mejor a las ideas de la época. El comercio se desarrollará a gran escala, y todas las naciones que tengan un papel en esta era serán naciones comerciantes ... Será la era de las grandes empresas marítimas.<sup>25</sup>

No es preciso un gran esfuerzo para reconocer tras las generalidades del discurso del joven profesor el modelo de la sociedad del siglo XIX que tiene en mente: podía verse desde Francia a través del Canal. En breve volveremos a la orientación británica del liberalismo francés.

23. Victor Cousin, *Introduction to the History of Philosophy*, trad. ing. de Henning Gottfried Linberg, Boston, 1832, p. 8.

24. *Cours de philosophie par V. Cousin: Introduction à l'histoire de la philosophie*, París, 1828, pp. 10-12.

25. *Ibid.*, pp. 14-15.

El punto que debe quedar claro ahora no es que la idea de una economía *industrial* como tal no surgió claramente hasta después de la era napoleónica, tal como atestiguan tanto Saint-Simon como Cousin, cuando el concepto general ya era familiar para la izquierda intelectual, sino que apareció como una prolongación natural del pensamiento ilustrado del siglo XVIII. Fue el resultado de la combinación del «progreso de la Ilustración» en general, de la libertad, la igualdad y la economía política junto a los avances materiales de la producción. La novedad residía en hacer depender el triunfo de este progreso del ascenso y el triunfo de una clase específica, la *bourgeoisie*.

¿Pero cuándo encajó en este esquema la Revolución francesa? F. A. Mignet, en su *Historia de la Revolución francesa* de 1824, nos da una respuesta. Siendo la primera obra que mereciera el nombre de historia, al trabajo de Mignet sólo lo precedió un trabajo similar, aunque más amplio, escrito por un hombre que, como Guizot, estaba destinado a los más altos cargos políticos, Adolphe Thiers. En el Antiguo Régimen, mantenía Mignet, los hombres estaban divididos en dos clases rivales: los nobles y «el pueblo» o Tercer Estado, «cuyo poder, riqueza estabilidad e inteligencia aumentaban a diario». <sup>26</sup> El Tercer Estado formuló la Constitución de 1791 instituyendo una monarquía constitucional liberal. «Esta constitución –afirma Mignet– fue obra de la clase media, que en aquellos tiempos era la más fuerte; pues como todo el mundo sabe, el poder dominante siempre toma el control de las instituciones.» En resumen, la clase media era ahora el poder dominante o clase dirigente. Desgraciadamente atrapada entre el rey y la aristocracia contrarrevolucionaria por un lado y «la multitud» por el otro, la clase media fue «atacada por unos e inva-

26. A. F. Mignet, *Histoire de la Révolution française, depuis 1789 jusqu' en 1814*, vol. 1, París, 1898, p. 15.

dida por los otros».<sup>27</sup> Si había que mantener los logros de la revolución liberal, la guerra civil y la intervención extranjera requerían la movilización de la gente común. Pero dado que se necesitaba a la multitud para defender el país, «ésta exigió gobernar el país; de modo que llevó a cabo su propia revolución, tal como la clase media había llevado a cabo la suya». El poder popular no duró. Pero se había alcanzado la finalidad de la revolución liberal a pesar de «la anarquía y el despotismo; durante la Revolución se destruyó la antigua sociedad, y la nueva se estableció bajo el Imperio».<sup>28</sup> Con bastante lógica, Mignet terminó su historia de la Revolución con la caída de Napoleón en 1814.

Por consiguiente, la Revolución se contemplaba como un proceso complejo y en absoluto lineal que, sin embargo, supuso el punto culminante de la larga ascensión de la clase media y que reemplazó la vieja sociedad por otra nueva. La discontinuidad social fundamental que marcó se ha expresado pocas veces de forma más elegante y elocuente que en las obras de Alexis de Tocqueville, cuyos trabajos citan con otros propósitos los historiadores revisionistas. «Nuestra historia —escribió en sus *Recuerdos*—, vista a distancia y en conjunto, configura el cuadro de la lucha a muerte entre el Antiguo Régimen, sus tradiciones, sus conmemoraciones, sus esperanzas y sus hombres, representados por la aristocracia, y la Nueva Francia dirigida por la clase media.»<sup>29</sup> Como Thierry, Tocqueville contemplaba la Revolución de 1830 como una segunda y más afortunada edición de la de 1789 que fue necesaria dada la tentativa de los Borbones por hacer retroceder el reloj hasta 1788. La Revolución de 1830, declaró, fue un triunfo de la clase

27. *Ibid.*, pp. 206, 209.

28. Hay una traducción, probablemente del editor, en Walter Simon, ed., *French Liberalism 1789-1848*, Nueva York, 1972, pp. 139-143.

29. Alexis de Tocqueville, *Recollections*, ed. J. P. Mayer, Nueva York, 1949, p. 2.

media «tan claro y completo que todo el poder político, todas las prerrogativas y todo el gobierno fueron confinados y amontonados entre los estrechos límites de esta clase ... Por consiguiente, no sólo gobernó la sociedad sino que podemos decir que la formó». <sup>30</sup> «La Revolución —como escribió en otra parte— ha destruido completamente, o está en trance de destruir, todo aquello de la antigua sociedad que derive de las instituciones feudales y aristocráticas, todo lo que de una forma u otra tuviera relación con ellas, todo lo que tenga la mínima huella de ellas.» <sup>31</sup>

Ante tales aseveraciones en boca de hombres que al fin y al cabo estaban describiendo la sociedad donde vivían es difícil comprender las opiniones contemporáneas que afirman que la Revolución fue «ineficaz en su resultado», por no mencionar a los historiadores revisionistas que mantienen que «al final la Revolución benefició a la misma elite terrateniente que la había empezado», o que veían a la nueva burguesía «s'insérer dans une volonté d'identification à l'aristocratie» («participando de una voluntad de identificarse con la aristocracia»). <sup>32</sup> Lo último que se puede decir es que esta fuera la impresión que tenían quienes vivían o visitaban la Francia posrevolucionaria. Al menos en opinión de los observadores extranjeros, así como de Balzac, la Francia posrevolucionaria era una sociedad en la que, más que en ninguna otra, la riqueza era el poder y los hombres se consagraban a acumularla.

Lorenz von Stein, al seguir la pista del surgimiento de la lucha de clases entre burgueses y proletarios en Francia después de la Revolución, incluso concibió una explicación histórica de esta excepcional propensión al capitalismo. Bajo

30. *Ibidem.*

31. Tocqueville, *Ancien Régime*, trad. ing. de M. W. Paterson, Oxford, 1947, p. 23 (hay trad. cast.: *El Antiguo Régimen y la revolución*, Guadarrama, Madrid, 1969).

32. Runciman, «Unnecessary Revolution», p. 318; Jacques Solé, *La révolution en questions*, París, 1988, pp. 273, 275.

Napoleón, razonó, la cuestión crucial de la Revolución, a saber, «el derecho de todo individuo a alcanzar, por sus propios méritos, los puestos más elevados de la sociedad civil y del Estado», se vio reducida a la alternativa de acumular propiedades o hacer carrera en el ejército.<sup>33</sup> El despotismo excluía las demás formas de competencia para alcanzar honores públicos. De modo que Francia se enriqueció «precisamente porque al caer bajo el despotismo del Imperio inauguró el período donde la *riqueza* constituye el *poder* de cada individuo».<sup>34</sup> Cómo explicar esta considerable divergencia entre algunos historiadores de fines del siglo xx y los observadores de principios del xix es otra cuestión. Sea cual fuere la respuesta, el hecho de que los liberales moderados del primer período vieran las consecuencias de la Revolución francesa en términos completamente distintos que sus sucesores liberales moderados de los años ochenta, no puede eludirse.

Una cosa está clara. En algún momento entre 1814, cuando Mignet terminó su historia, y 1820, los jóvenes liberales de clase media que crecieron con el cambio de siglo leyeron la interpretación de la Revolución francesa como la culminación del ascenso secular de la burguesía hasta la posición de clase dirigente. Adviértase, no obstante, que ellos no identificaban la clase media exclusiva ni esencialmente con los hombres de negocios, a pesar de que tuvieran pocas dudas de que, en terminología posterior, la sociedad burguesa de hecho tomaría la forma de una sociedad capitalista y cada vez más industrial. Guizot, una vez más, lo expresó con su habitual lucidez. En el siglo xii, la nueva clase la constituían básicamente mercaderes, pequeños comerciantes («*négociants faisant un petit commerce*») y pequeños propietarios de casas o de tierra residentes en

33. Lorenz von Stein, *Der Socialismus und Communismus des heutigen Frankreich: Ein Beitrag zur Zeitgeschichte*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1848, pp. 128-129, 131.

34. *Ibidem*.



las ciudades. Tres siglos más tarde, también incluía a los abogados, los médicos, las personas cultivadas de todo tipo y todos los magistrados locales: «la burguesía fue tomando forma con el tiempo, y estaba compuesta por elementos diversos. Tanto su secuencia cronológica como su diversidad a menudo han sido insignificantes en su historia ... Tal vez el secreto de su destino histórico resida precisamente en la diversidad de su composición en los diferentes períodos de la historia».<sup>35</sup>

Sociológicamente, Guizot estaba obviamente en lo cierto. Fuera cual fuese la naturaleza de la burguesía o clase media del siglo XIX, estaba formada por la transformación de varios grupos situados entre la nobleza y el campesinado, que anteriormente no tenían necesariamente mucho en común, en una clase única, consciente de sí misma y tratada por los demás como tal; y muy especialmente por aquellos cuya posición se basaba en la educación (*Besitzbürgertum* y *Bildungsbürgertum*, en la reveladora terminología alemana).<sup>36</sup> La historia del siglo XIX es incomprensible para quien suponga que sólo los empresarios eran «auténticos» burgueses.

La interpretación burguesa de la Revolución francesa llegó a ser la dominante, no sólo entre los liberales franceses sino entre los liberales de todos los países donde «el comercio y el liberalismo», es decir, la sociedad burguesa, todavía no había triunfado (tal como, por supuesto, los liberales pensaban que era su destino en todas partes). En 1817, Thierry pensaba que los únicos países donde había triunfado hasta entonces eran Francia, Inglaterra y Holanda. La afinidad entre los países donde la sociedad burguesa había llegado a ser dominante parecía ser tan estrecha que en 1814 Saint-Simon, el profeta de la industrialización e inventor de la palabra, y Thierry,

35. Guizot, *Histoire de la civilisation*, pp. 181-182.

36. Una discusión completa en Jürgen Kocka y Ute Frevert, eds., *Bürgertum im 19 Jahrhundert*, 3 vols., Munich, 1988, esp. vol. 1, parte 1.

que por aquel entonces era su secretario, llegaron a vislumbrar un único parlamento anglofrancés que sería el núcleo de un organismo único de instituciones paneuropeas en el seno de una monarquía constitucional paneuropea cuando el nuevo sistema fuera universalmente triunfante.<sup>37</sup>

Los historiadores liberales no sólo observaron la afinidad existente entre Francia y Gran Bretaña sino que también vieron a esta última como en cierto modo predecesora y modelo para Francia. Nada es más sorprendente, dado el habitual galocentrismo de la cultura francesa, que la dedicación de estos hombres a la historia de Gran Bretaña (especialmente Thierry y Guizot, ambos profundamente influidos por Walter Scott). Incluso podría decirse que no sólo vieron la Revolución francesa como una revolución burguesa, sino que hicieron lo mismo con la Revolución inglesa del siglo XIX. (Este es otro de los aspectos de la herencia liberal de la Restauración que más adelante llamaría la atención de los marxistas.) Había una poderosa razón para ello: el precedente inglés ratificaba la postura de los liberales franceses de clase media, cuyo ideal sin duda no era la propia revolución sino, citando de nuevo a Thierry, «el progreso lento pero ininterrumpido», con la convicción de que, con todo, la revolución podía ser necesaria, mientras el ejemplo inglés demostraba que tal revolución tanto podía sobrevivir al equivalente de 1793-1794 (1649 y Cromwell) como evitarlo (1688) para crear un sistema capaz de llevar a cabo una progresiva transformación no revolucionaria.<sup>38</sup>

Los argumentos de Guizot están particularmente claros, pues aunque insistía en la importancia de la lucha de clases en la historia europea, no veía esta lucha como un enfrentamiento que llevara a la victoria completa de unos y a la eliminación

37. Gossman, *Thierry*, p. 40.

38. Thierry, *Tiers État*, pp. 76-77.

de otros, sino (incluso en 1820) como generadora, *dentro de cada nación*, «de un determinado espíritu general, un determinado conjunto de intereses, ideas y sentimientos que triunfan sobre la diversidad y la guerra».<sup>39</sup> Su ideal era la unidad nacional bajo la hegemonía burguesa. Sin duda estaba fascinado por el desarrollo histórico de Inglaterra, donde, más que en cualquier otro lugar de Europa, «los distintos elementos del entramado social [*état social*] se han combinado, han luchado y se han modificado recíprocamente, obligándose permanentemente a consensuar una existencia en común». Donde «el orden civil y religioso, la aristocracia, la democracia, la realeza, las instituciones locales y centrales, el desarrollo político y moral, avanzaron y crecieron juntos, aparejados, tal vez no siempre con la misma velocidad, pero nunca demasiado alejados unos de otros». Y de este modo Inglaterra había sido capaz, «más rápidamente que cualquiera de los estados del continente, de conseguir el anhelo de toda sociedad, es decir, el establecimiento de un gobierno firme y libre a la vez, y desarrollar un buen sentido político así como opiniones fundadas sobre los asuntos públicos. [“Le bon sens national et l’intelligence des affaires publiques.”]».<sup>40</sup>

Hubo razones históricas que explicaron esta diferencia entre las revoluciones francesa y británica (fue el tema de la última clase del curso de Guizot), a pesar de que la tendencia fundamental de la evolución de ambos países fue similar. Mientras el feudalismo británico (el «Norman Yoke») fue la conquista de una nobleza normanda sobre una organización política anglosajona estructurada, lo cual trajo aparejada una resistencia popular institucionalizada y estructurada que reivindicaba las anteriores libertades anglosajonas, el equivalente francés había sido la conquista de los nobles francos sobre

39. Guizot, *Histoire de la civilisation*, pp. 182-183.

40. *Ibid.*, pp. 287-288.

una población nativa gala disgregada («nos ancêtres les Gaulois»), que no se resignaba pero que era impotente. Su insurgencia contra los nobles durante la Revolución francesa fue por ello más incontrolada e incontrolable, y en consecuencia dicha revolución fue más terrible y extrema.<sup>41</sup> Así se intentaba explicar lo que tanto chocaba a los historiadores liberales del siglo XIX, es decir, el por qué (en palabras de lord Acton) en Francia «el paso de una sociedad feudal y aristocrática a otra industrial y democrática estaba ligado a convulsiones», lo cual no sucedía en otras naciones (es decir, en Inglaterra).<sup>42</sup> A pesar de eso, los británicos podían servir de modelo para la Francia posterior a 1789: si Gran Bretaña había superado a su Robespierre y/o a su Napoleón (Cromwell) para posibilitar una segunda, pacífica y más decisiva revolución que instaurara un sistema permanente (la Revolución Gloriosa de 1688), Francia podía hacer lo mismo. Podía, y así lo hizo, instaurar la Monarquía de Julio en 1830.

Por lo tanto, en la Francia de la Restauración, los vencedores de la revolución burguesa ya eran moderados en potencia, conscientes de haber alcanzado la victoria decisiva de su clase. Fuera de Francia, lo que resonaba claramente en los oídos de las clases medias eran las exigencias de 1789. A las instituciones de la Edad Media les había llegado la hora, pensaba un historiador liberal alemán. Habían surgido nuevas ideas, y éstas afectaban «ante todo a las relaciones de las clases sociales [ *Stände* ] en la sociedad humana», siendo la «clase burguesa» [ *Bürgerstand* ] la que cada vez cobraba más importancia. De ahí que «los hombres empezaran a hablar y escribir sobre los Derechos del Hombre, y a investigar los derechos de quienes

41. Cf. Guizot en Simon, ed., *French Liberalism*, p. 108. Aquí se hace evidente la influencia tanto de la ecuación de Thierry sobre la raza y la lucha de clases como del *Ivanhoe* de Walter Scott.

42. Lord Acton, *Lectures on the French Revolution*, Londres, 1910, p. 2. Las conferencias, publicadas póstumamente, se dieron originalmente en 1895.

basaban sus reivindicaciones en los llamados privilegios». <sup>43</sup> Estas palabras eran términos de lucha en la Alemania de 1830, mientras que en Francia ya habían dejado de serlo. El término *bourgeois*, en Francia, se definía por contraste con el *pueblo* (*peuple*) o los *proletarios* (*proletaires*). En Alemania (en la enciclopedia *Brockhaus* de 1827), se contrastaba con *aristocracia* por un lado y con *campesinado* por el otro, mientras que el término *bürger* cada vez se identificaba más con el término *clase media* y con el francés *bourgeois*. <sup>44</sup> Lo que los liberales alemanes de clase media querían o consideraban necesario era una revolución burguesa. Y lo veían mucho más claro que sus predecesores franceses en 1788, puesto que contaban con los hechos y las experiencias de 1789 como referencia.

Además, los alemanes consideraban que el modelo británico, que los historiadores franceses analizarían *a posteriori*, establecía un mecanismo de transformación histórica muy poderoso y de gran alcance: «¿Acaso es preciso que un gran pueblo, para alcanzar una vida política independiente, para hacerse con la libertad y el poder, tenga que pasar por una crisis revolucionaria? El doble ejemplo de Inglaterra y Francia nos apremia a aceptar esta proposición». Así escribía el liberal germano Georg Gervinus en la víspera de 1848. Él, como muchos de su clase, era al mismo tiempo erudito y activista político. <sup>45</sup>

Como tantas otras ideas que posteriormente serían adoptadas por los marxistas, esta concepción de la necesidad de la

43. Wilhelm Friedrich Volger, *Handbuch der allgemeinen Weltgeschichte*, vol. 2, 2.ª parte: *Neueste Geschichte*, Hannover, 1839, p. 240.

44. «Bürger», *Geschichtliche Grundbegriffe*, ed. O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, Stuttgart, 1972, pp. 715-716.

45. «Revolution», *ibid.*, vol. 5, p. 747. Incluso hacia finales de siglo sucede lo mismo en el *Brockhaus Conversationlexikon*, 13.ª ed., Leipzig, 1886, vol. 13, p. 652, artículo «Revolution». Las revoluciones inglesa y francesa se consideran «las dos catástrofes que señalan el verdadero momento crucial de la vida cultural de Europa, y al que están más o menos vinculados los demás cambios violentos de la época».

revolución, establecida mediante una extrapolación histórica (lo que Charles de Rémusat llamaría «una convicción geométrica de que en el mundo moderno existía una ley de las revoluciones»), procedía de los liberales franceses de la Restauración.<sup>46</sup> Desde luego resultaba plausible, y los desarrollos ulteriores no han disminuido su plausibilidad.

En algún momento entre el siglo xvii y mediados del siglo xx, la historia de prácticamente todos los estados «desarrollados» (Suecia es una de las raras excepciones) y de todas las grandes potencias del mundo moderno registran una o más discontinuidades repentinas, cataclismos o rupturas históricas, clasificables bien como revoluciones o bien como inspiradas en las mismas. Sería excesivo achacarlo a una simple combinación de coincidencias, aunque es bastante ilegítimo y evidentemente erróneo inferir que los cambios por rupturas discontinuas sean inevitables en todos los casos.

De cualquier modo, la revolución necesaria de los liberales de la Restauración no debe confundirse con versiones posteriores de la misma. No les preocupaba tanto demostrar la necesidad de la violencia para derrocar un régimen, ni se oponían a la política de proceder gradualmente. Es más, sin duda habrían preferido proceder de este modo. Lo que necesitaban era (a) una teoría que justificara la revolución liberal ante las acusaciones de que necesariamente produciría jacobinismo y anarquía, y (b) una justificación para el triunfo de la burguesía. La teoría de la revolución necesaria e inevitable les proporcionaba ambos ases, puesto que esquivaba toda crítica. ¿Quién podía discutir contra un fenómeno que escapaba a todo control y voluntad humana, similar al deslizamiento de las placas tectónicas en la Tierra? Por mil razones, pensaba

46. En su *Politique libérale ou défense de la Révolution française* (1860) mencionada en Alice Gérard, *La Révolution française: Mythes et interprétations 1789-1970*, París, 1970, p. 37.

Victor Cousin, la revolución había sido absolutamente necesaria, incluidos sus excesos, los cuales formaban parte de su «misión destructiva». Y para Guizot, «los *shocks* que llamamos revoluciones no son tanto el síntoma de lo que está empujando como la declaración de lo que ya ha tenido lugar», es decir, la ascensión secular de la clase media.<sup>47</sup> Para algunos observadores razonables de la primera mitad del siglo XIX, esta opinión no era del todo insostenible.

De forma progresiva, al enfrentarse a la necesidad de llevar a cabo una revolución burguesa y conscientes de que la posibilidad de realizarla había llegado a Alemania procedente de Francia, incluso para las clases medias alemanas menos extremistas fue más fácil pasar por alto la violencia de la Revolución de lo que jamás lo fue para sus contemporáneos ingleses, quienes (a) no necesitaban tomar a Francia como modelo del liberalismo inglés y (b) se enfrentaban a la erupción de las fuerzas sociales desde abajo. La imagen de la Revolución francesa que penetró más profundamente en la conciencia británica no fue la de 1789 o la de 1791 sino la de 1793-1794, el «Terror». Cuando Carlyle escribió su *Historia de la Revolución* en 1837, no sólo estaba pagando un tributo a la grandeza del espectáculo histórico, sino que imaginaba lo que podría ser una revuelta de los trabajadores pobres ingleses. Tal como aclaró más adelante, su punto de referencia era el cartismo.<sup>48</sup>

Los liberales franceses, por supuesto, temían los peligros del jacobinismo. Los liberales alemanes lo contemplaban con una calma sorprendente, aunque los radicales germanos, como el joven genio revolucionario Georg Büchner, lo afrontaran

47. *Ibid.*, p. 34.

48. En «Cartism», *Critical and Miscellaneous Essays*, Londres, 1899, vol. 4, p. 149. Carlyle argumenta que la Revolución francesa todavía no se ha completado: «Fue una revuelta de las clases inferiores oprimidas contra las clases superiores opresoras: no sólo una revolución francesa, no; una revolución europea».

sin pestañear.<sup>49</sup> Friedrich List, el paladín del nacionalismo económico alemán, defendió a la Revolución de la acusación de ser una mera erupción de fuerza bruta. Su origen estaba en «el despertar del espíritu humano».<sup>50</sup> «Sólo lo débil e impotente nace sin dolor», escribió otro liberal alemán, estudioso de la Revolución,<sup>51</sup> antes de casarse con una *soubrette*\* y convertirse en catedrático de economía en la Universidad de Praga.<sup>52</sup>

Así pues, si es innegable que la generación de liberales franceses inmediatamente posteriores a la Revolución la vieron como una revolución burguesa, también está igualmente claro que el análisis de las clases y de la lucha entre ellas que éstos desarrollaron habría sorprendido a todos los observadores y participantes de 1789, incluso a esos miembros del Tercer Estado más resentidos ante el privilegio aristocrático, como Barnave, o, si se me permite, como Fígaro en la obra de Beaumarchais y en la ópera de Mozart y Da Ponte. Fue la propia Revolución la que creó, en el estrato intermedio entre la aristocracia y el pueblo, la conciencia de la *clase media* o *classe moyenne*, un término que de hecho se utilizaría más (excepto en el contexto de su desarrollo histórico) que *bourgeoisie*, especialmente durante la Monarquía de Julio.<sup>53</sup>

49. Especialmente en el extraordinario docudrama *Danton's Tod*.

50. Friedrich List, *Schriften, Reden, Briefe*, Berlín, 1932, vol. 1, p. 286. El pasaje no tiene fecha, pero se escribió entre 1815 y 1825.

51. Carl Richter, *Staats und Gesellschaftsrecht der Französischen Revolution von 1789 bis 1804*, Berlín, 1866, vol. 1, p. viii.

\* Actriz especializada en los papeles de camarera o confidenta. (*N. del t.*)

52. Véase Constant V. Wurzbach, *Biographisches Lexicon des Kaiserthums Oesterreich*, Viena, 1874, vol. 26, p. 63.

53. Cf. «La classe moyenne est arrivée au pouvoir», Maurice de Guérin, «Correspondance 1824-1839», en *Oeuvres Complètes*, ed. B. d'Harcourt, París, 1947, p. 165 (cita de 1834). Edouard Alletz, *De la démocratie nouvelle ou des moeurs et de la puissance des classes moyennes en France*, París, 1837, 2 vols.: Jules Michelet: «La classe moyenne bourgeoise, dont la partie la plus inquiète s'agitait aux Jacobins», *Histoire de la Révolution française* citada en *Dictionnaire Robert*, París, 1978, vol. 4, p. 533.